

Introducción

Desgraciadamente, las reacciones de los medios de comunicación prueban que la situación no es mejor para aquellos que se jactan de seguir siendo «pensadores racionales», indignados por la indiferencia ante los hechos del «Tweeter-in-Chief», o que critican la estupidez de las masas ignorantes. Estas personas «racionales» continúan creyendo que los hechos se sostienen por sí mismos, sin tener relación con el mundo, sin instituciones, sin una vida pública, y que bastaría con sentar nuevamente a las personas ignorantes a hacer ejercicios frente a un pizarrón, en un aula a la vieja usanza, para que la razón finalmente triunfara.

BRUNO LATOUR,
Dónde aterrizar

Las imágenes de Filippo Minelli reproducidas en las guardas de este libro y la serie de televisión *Mr. Robot*, son un buen ejemplo a tener en cuenta a la hora de leer este libro —sobre el ser, la interpretación y la emergencia—, ya que ambas comprenden lo que significa andar sin ataduras (*be at large*), esto es, libre, en la era de los hechos alternativos. El protagonista de la serie de televisión, Elliot Alderson, es un ingeniero de seguridad informática y *hacker* que intenta, entre otras cosas, derribar una megacorporación empresarial que limita nuestra libertad. Los escenarios que rodean las bombas de humo fotográficas de Minelli —garajes, aparcamientos y bosques—, así como la vida semiclandestina de Elliot —quien trabaja para una empresa de seguridad informática que ayuda a otras empresas a protegerse de *hackers* como él— son intentos por liberarnos de algo que nos encarcela. En un mundo cercado tecnológicamente, cultural y políticamente, la vena anárquica de estos trabajos delata una emergencia. Pero para que dicha emergencia aparezca, es preciso adoptar una postura hermenéutica contra lo que nos exige el orden global, que nos demanda sometimiento a los hechos, a los datos y a la realidad en unos límites establecidos. *Silent/Shapes* y

Mr. Robot proporcionan ejemplos prácticos y visuales paradigmáticos de cómo es esto posible en la era de los hechos alternativos.¹

La expresión «hechos alternativos» (*alternative facts*) se popularizó en 2017 cuando Kellyanne Conway, consejera del presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, defendió una declaración falsa acerca de la cantidad de asistentes a la investidura presidencial. El problema de sus declaraciones, que ella posteriormente definió como «hechos adicionales e información alternativa», no es si fueron inexactas o inapropiadas para que las usara alguien de su posición, sino que resultan sintomáticas del retorno al orden que reclama y personifica su presidente. Dicho retorno no es solo político —encarnado por los políticos populistas de derechas que ahora gobiernan en el mundo—, sino también cultural; una expulsión forzosa de las sociedades abiertas. Tal y como explicó Karl Popper mientras estuvo exiliado en Nueva Zelanda y Europa caía en manos de regímenes totalitarios, una sociedad abierta es aquella en la que «los individuos toman sus propias decisiones», al contrario de lo que sucede en una «sociedad mágica, tribal o colectivista». Si en la primera nadie está en posesión de la verdad última porque se reconoce que las personas tienen diferentes puntos de vista, intereses y valores, en la segunda, en cambio, la verdad la imponen los detentores del poder. Los «hechos alternativos» de Conway constituyen un gesto que ilustra la actual tendencia por volver al orden, una demostración de la imposición de la verdad a través del poder.

A lo largo del siglo xx, otros pensadores desarrollaron la intuición de Popper y subrayaron su común oposición a las aspiraciones universalistas de la Modernidad, afirmando que sus conceptos políticos, morales y culturales sirven para denigrar y

marginar a quienes no están a la altura de sus criterios de racionalidad. Esta aspiración a la racionalidad es la responsable de los totalitarismos, colonialismos y genocidios del siglo xx, que se presentaron como las respuestas racionales definitivas a las preguntas formuladas por las mismas autoridades que los perpetraron. Como explica Zygmunt Bauman, cuando «el sueño de la Modernidad es adoptado por un poder absoluto capaz de monopolizar los modernos instrumentos de la acción racional, y cuando dicho poder logra librarse de un control social eficaz, lo que le sigue es el genocidio».² En contra de este programa racional, pensadores posmodernos como Jean-François Lyotard, Jean Baudrillard y muchos otros abogaron por reivindicar las diferencias religiosas, sociales y sexuales, en lugar de rechazarlas en favor de una uniformidad ordenada y predeterminada.

Como dijo Richard Rorty, la filosofía «ocupa un lugar importante en la cultura solamente cuando las cosas parecen desmoronarse —cuando se encuentran amenazadas nuestras creencias más preciadas».³ Ahora que las cosas se derrumban nuevamente, es crucial recordar que el denominado «caos» provocado durante la posmodernidad por la invalidación de las metanarrativas no tuvo como objetivo crear un nuevo orden, sino evitar que se impusiera un orden externo. Por eso, una de las cosas más importantes que nos enseñó la posmodernidad es que los valores aparentemente fundamentales no son tanto el resultado de un desarrollo histórico hacia la verdad sino un acuerdo entre comunidades sociales. Según explica Gianni Vattimo, «no llegamos a un acuerdo cuando hemos descubierto la verdad, sino que decimos que hemos descubierto la verdad cuando llegamos a un acuerdo».⁴ En la posmodernidad, estos acuerdos se sustentan en metanarrativas sin un centro ni una unidad y, sobre todo, sin completitud (*completion*).

Desde los atentados terroristas del 11S, las intervenciones militares, el neoliberalismo económico y el control tecnológico se han intensificado drásticamente, hasta el punto de crear una condición en la que la mayor emergencia es la «falta de emergencia». En el centro de estas exacerbaciones está la creencia de que no existen alternativas al orden establecido a escala global (*global framed order*). Nos hemos alarmado tanto con el terrorismo, los refugiados y las crisis financieras, que preferimos evitar mezclarnos con otras culturas. Los gobiernos nacionalistas y populistas de derechas se sirven de estos temores para suspender los derechos constitucionales y activar políticas impopulares. La intensificación de las medidas de seguridad en los aeropuertos, en las fronteras y en las áreas metropolitanas no está justificada por la amenaza real, como se supone que debemos creer, sino que sirve para levantar muros en torno a nuestras libertades y a nuestros intentos de crear una sociedad abierta. Esto explica por qué ni el muro de Trump en la frontera con México, ni prohibir la entrada a los musulmanes, ni la ciega negación del cambio climático pretenden crear un «estado de emergencia», sino, al contrario, un estado sin emergencias —en el que nada puede emerger del interior de un orden que nos abrumba. La diferencia, el cambio y la otredad cultural deben ser evitados porque amenazan la seguridad que este orden supuestamente representa. Tal orden se revela cada día más autoritario porque se arroga para sí la posesión de la esencia de la realidad, el poder de definir la verdad para todos los seres humanos.

El retorno del realismo se evidencia en la carrera pública de algunos intelectuales contemporáneos, como el psicólogo Jordan Peterson, el neurocientífico Sam Harris y filósofos como Christina Hoff Sommers y Graham Harman, entre otros. Aunque algunos de estos pensadores podrían oponerse

a que se les categorizara como nuevos realistas o como políticamente conservadores, todos ellos coinciden en oponerse al giro lingüístico neomarxista de la posmodernidad y al conflicto de las interpretaciones, según el cual todo lo que existe no es más que el correlato de un sujeto que lo concibe. El problema de esta teoría posmoderna, sostienen aquellos, es que niega al pensamiento cualquier acceso racional a las cosas *per se*, y permite discursos claramente infundados sobre la objetividad científica, los estudios de género y los valores políticos. Estos discursos infundados son responsables de la epidemia de lo «políticamente correcto», epidemia que debe ser contrarrestada.

Este parece ser el objetivo de la llamada *intellectual dark web*, la cual, de acuerdo con la periodista de *The New York Times* Bari Weiss, es un movimiento empeñado en enfatizar las «diferencias biológicas entre los hombres y las mujeres» y en demostrar que las «políticas identitarias» constituyen una amenaza para nuestro tejido social.⁵ El objetivo de los intelectuales de esa *dark web* es presentarse como defensores de «la razón», «la verdad» y «los hechos», esto es, de todos los principios racionales que, según ellos, han sido corrompidos por el posmodernismo políticamente correcto. Este es el motivo por el que Christina Hoff Sommers, por ejemplo, se opone a aquellas feministas que aún «creen que nuestra sociedad es un patriarcado, una “hegemonía masculina”, un “sistema sexo-género”» con un «feminismo fáctico», que fundamenta los principios básicos del feminismo en un enfoque basado en los datos.⁶ Estos datos, según la estudiosa norteamericana, apuntan a que la mayoría de las feministas exageran las dificultades a las que se enfrentan las mujeres mientras ignoran las de los hombres. Sin embargo, como señala Jacob Hamburger, las ideas que estos autores afirman defender de los políticamente

correctos opositores de la verdad pertenecen desde hace tiempo a la tradición conservadora de Estados Unidos:

Un lugar común (*common refrain*) en la *dark web* consiste en desacreditar algunas de las críticas de centro-izquierda argumentando que lo que parece ser una desigualdad sistémica es, en realidad, el resultado de elecciones o comportamientos individuales. Hoff Sommers sostiene, por ejemplo, que la brecha salarial entre hombres y mujeres es el resultado de las elecciones de las mujeres que optan por trabajar en empleos peor remunerados. Por su parte, Ben Shapiro cree que el problema de la brutalidad policial podría ser resuelto si las personas —presumiblemente las afroamericanas— simplemente «evitaran interactuar con la policía». Con frecuencia, este tipo de argumentos marca las estadísticas sociológicas y, según dicen, lo políticamente correcto las ignoraría; en otras ocasiones, en cambio, simplemente se afirma o insinúa la ceguera de la izquierda ante la «realidad» y los «hechos», omitiendo las estadísticas. En ambos casos, la tendencia de la *dark web* cuando se habla de desigualdad es, casi siempre, negarla o justificarla. Argumentan también que, o bien la izquierda ve injusticias donde no las hay, o bien acepta que las desigualdades sociales se sustentan, de hecho, en la realidad científica.⁷

A pesar de que estos intelectuales realistas afirman que no pretenden, necesariamente, que sus opiniones sobre psicología, neurociencia o filosofía prevalezcan sobre las demás, el hecho es que buscan preservar una sociedad hecha a su medida —esto es, en la que devengan actores más o menos conscientes del retorno al orden. Como vemos, el realismo es un aspecto y una consecuencia del dominio, no su causa. Es particularmente evidente en los filósofos realistas que, bajo la etiqueta del «nuevo realismo», del «realismo especulativo»

o de la «ontología orientada al objeto», aspiran a responder a las aparentes insuficiencias de las filosofías más radicales de la posmodernidad: la fenomenología, la hermenéutica y la deconstrucción. Contra Edmund Husserl, Hans-Georg Gadamer y Jacques Derrida, los nuevos realistas retornan «al camino seguro de la ciencia», es decir, al proyecto de John Searle, para someter la filosofía al método científico. «La labor del filósofo», declara Searle, «consiste en darle al problema una forma lo suficientemente precisa, enunciarlo con suficiente atención, para que admita una resolución científica». ⁸ Sin embargo, al someter el pensamiento al camino seguro de la ciencia (o de la verdad en general), muchos filósofos contemporáneos han vuelto al realismo, al análisis simple y a la conservación de los hechos para ayudar a las disciplinas científicas a tomar el control, que era el proyecto fundamental de la Ilustración. La denominada vuelta al orden o a la realidad que promueven los filósofos contemporáneos es solo un intento por hacer más eficiente un sistema ya derrumbado.

Dicho movimiento está capitaneado por Graham Harman, Quentin Meillassoux y Markus Gabriel, entre otros. Al igual que Peterson y Sommers, sostienen que podemos acceder a la verdad, así como a las efectivas cualidades primarias del mundo, con independencia del lenguaje y la interpretación. Por eso, reclaman un retorno a «la realidad, que no puede ser agotada por la relación que establezcan con ella los seres humanos ni otras entidades. El dualismo fundamental del mundo no reside en la oposición entre el espíritu y la naturaleza, ni entre el fenómeno y el nouméno, sino entre las cosas en su realidad profunda y las cosas en relación con otras cosas». ⁹ Aunque los programas de estos pensadores difieren entre sí, la idea general consiste en retornar a un absoluto

entendido como realidad física, una «realidad» independiente de nosotros. Explica Meillassoux que

los filósofos contemporáneos han perdido el Gran Exterior, el exterior *absoluto* de los pensadores precríticos: un exterior independiente de nosotros, que nos fue dado independientemente de su darse para ser lo que es, existente por sí mismo, más allá de que lo hayamos hecho objeto de nuestros pensamientos; este Exterior que el pensamiento podía explorar con la impresión legítima de encontrarse en un territorio extranjero, de hallarse enteramente en otro lugar.¹⁰

Simon Critchley y Slavoj Žižek comparten objeciones similares contra este retorno a la realidad. Critchley considera extraño que, precisamente,

cuando cierta rama de la filosofía angloamericana (pensemos en John McDowell o Robert Brandom) hace suyas las ideas de Kant, Hegel y Heidegger, e incluso se permite flirtear con algunas formas de idealismo, los últimos avances de la filosofía continental buscan retornar al realismo cartesiano que se creía muerto y enterrado.¹¹

Y Žižek declara:

Sin embargo, al contrario que Meillassoux, yo rechazo tajantemente la perspectiva «realista» convencional que pretende distinguir, de alguna manera, en los objetos la forma en la que meramente nos aparecen y la forma en la que son en sí mismos, con independencia de su relación con nosotros [...]. Este intento por sustraer al objeto de su apariencia (lo que nosotros, sujetos perceptivos, supuestamente, le añadimos: el exceso subjetivo) para alcanzar o, mejor dicho, destilar el en sí del objeto, debe ser absolutamente rechazado. Sostengo que debemos proceder exactamente al revés: el sujeto está inscrito en lo

real, toca lo real, precisamente en el límite del exceso «subjetivo», en lo que añade al objeto, en la forma en la que lo distorsiona.¹²

El objetivo de Critchley, Žižek y otros críticos no solo consiste en recordarnos que el enfoque filosófico realista ya ha sido ampliamente superado, sino también en enseñarnos que la necesidad de realismo parece ser, como dijo Vattimo, una «clausura que tranquiliza y sofoca al mismo tiempo». Por eso, el filósofo italiano cree que podemos encontrar las raíces de esta necesidad de realismo en «un malestar psicológico más que en una exigencia estrictamente cognoscitiva».

La necesidad de realidad es neurótica [...] porque se niega a considerar la necesidad «lógica» [...] de reconocernos inmersos en ese juego de interpretación que se jacta de ser la única «realidad» [...] La necesidad de realismo es, básicamente, un efecto del resentimiento, de la «naturaleza aburrida de perros y hombres envejecidos por estar atados a la cadena durante mucho tiempo».¹³

Este resentimiento es evidente entre los filósofos neorrealistas, la comunidad «intelectual de la *dark web*» y los populistas de derechas, que nos piden que aceptemos el mundo tal y como es y que nos comportemos en consecuencia. El problema de este enfoque es que quienquiera que no se someta a la realidad vigente —o a la falta de emergencia que propugnan— está equivocado, se encuentra en el lado incorrecto de la realidad y, quizás, incluso, de la frontera. Aunque este retorno a la realidad pueda resultar útil cuando se trate de saber si está nublado o soleado, ¿puede también guiar nuestra existencia individual en la era de los hechos alternativos?

Para comprender los hechos alternativos de Conway, la «posverdad» y las «*fake news*», debemos recordar que estas

nociones son el resultado del retorno al orden y al realismo que mencionábamos más arriba. Cuando declara que existe una distinción entre los «hechos» y los «hechos adicionales o la información alternativa», significa que entramos no tanto en *la* era de los hechos alternativos sino, más bien, en *otra* era de hechos alternativos. Estas eras alternativas sucesivas nacen de nuestro ingenuo entusiasmo por la objetividad, la transparencia y la libertad de expresión. Esta ingenuidad caracteriza hoy a las personas «racionales» a las que hace referencia Bruno Latour en el epígrafe. No solo algunos políticos —como Hilary Clinton y Emmanuel Macron— confían todavía en que el razonamiento ilustrado es el modelo correcto mediante el cual la mayoría de las personas construye sus juicios, sino también tecnófilos —como Mark Zuckerberg y Evgeny Morozov— están convencidos de que los conflictos pueden resolverse simplemente perfeccionando la comunicación entre los seres humanos. El advenimiento de esta era de los hechos alternativos demuestra que todos ellos están equivocados.

Sin embargo, tal como explican los filósofos de la ciencia y los lingüistas, no existe un «lenguaje neutro de la observación», capaz de borrar los desacuerdos humanos. Dichos desacuerdos no son el origen de nuestros problemas sino, al contrario, la única vía posible para solucionarlos provisionalmente. Los hechos, la información y los datos no hacen nada por sí mismos. «Los hechos permanecen firmes», afirma Latour, «únicamente cuando están respaldados por una cultura en común, por instituciones dignas de confianza, por una vida pública más o menos respetable y por medios de comunicación más o menos fiables».¹⁴ El aumento de los hechos alternativos es otro indicio de que creer en una afirmación no depende tanto de su realidad como de las condiciones de su

«construcción» política, lingüística y social. Según explican George Lakoff y Sean Illing, «las personas razonan dentro de marcos conceptuales hechos de estructuras y metáforas. No se trata solo de los hechos. Las personas también tienen valores y entienden cuáles son los hechos que encajan en el armazón conceptual de esos valores». Somos incapaces de comprender algo si nuestros cerebros no lo permiten, si los valores, las creencias y los prejuicios que, en definitiva, nos constituyen lo rechazan. Así, Conway estaba parcialmente en lo cierto al hablar de los hechos alternativos, porque si usted es alguien

que comparte la cosmovisión de Trump, hay cosas que seguro que son consecuentes con dicha cosmovisión. En otras palabras, algunas cosas han de ser verdaderas, o deben ser creídas, con el fin de sostener esta visión del mundo. Aquellas cosas que no son de hecho verdaderas pero que, sin embargo, preservan esta cosmovisión constituyen los «hechos alternativos». A esto se refería Conway, lo supiera o no.¹⁵

Como era predecible, realistas como Victor Davis Hanson y Maurizio Ferraris han atribuido el crecimiento de los «hechos alternativos», la «posverdad» y las *fake news* a la aparición del pensamiento posmoderno. Hanson cree que «la posmodernidad académica ridiculiza los hechos y los absolutos, e insiste en que existen solo argumentaciones e interpretaciones, cuya credibilidad depende del poder del narrador». Ferraris acusa a los posmodernos de haber inventado las *fake news* y los responsabiliza de las consecuencias sociopolíticas que se derivan.¹⁶ Si, por un lado, comprender mejor las circunstancias en las que aparecen las noticias falsas nos dará mejores herramientas para vivir informados, por el otro, resulta necesario describir apropiadamente la contribución de la posmodernidad:

Insistir en la supremacía de las argumentaciones e interpretaciones no implica ridiculizar los hechos, sino explicar una historia alternativa sobre cómo aparecen. La posmodernidad se opone a la noción de que los hechos simplemente están ahí, separados e independientes, en espera de ser descritos. Según los posmodernos, un hecho es consecuencia de la argumentación y del debate, no es una entidad preexistente en función de la cual se puedan evaluar los argumentos que sostenemos. Los argumentos vienen primero y, una vez demostrados, aparecen los hechos —por lo menos durante un tiempo, hasta que una nueva ronda de argumentos los remplazará con un nuevo conjunto de hechos.¹⁷

Según Stanley Fish, las «*fake news*» aparecen cuando los datos y la información carecen de interpretación, es decir, de normas, controles y filtros. Cuando esto ocurre, «se obtienen innumerables piezas (como de Lego), susceptibles de ser ensambladas en los proyectos, de cualquier tipo, que sea capaz de imaginar un inteligente ingeniero verbal». De manera similar al protestantismo, que insta a los creyentes a rechazar la mera autoridad eclesiástica para ir directamente a la palabra de Dios, también el realismo exige una sumisión total a los hechos, a los datos y a la realidad en lugar de a sus intérpretes. El problema de esta desconfianza hacia los vectores tradicionales de autoridad y legitimación (desde las agencias gubernamentales y los periódicos de gran tirada hasta los intelectuales acreditados) es que «nos conduce a la paradójica conclusión de que la afirmación de un hecho es más creíble si no proviene de una fuente institucional. Siguiendo este razonamiento, una noticia proveniente del *blog* escrito por un adolescente en un sótano de Idaho podría ser más fiable que una noticia anunciada por el presentador de una importante cadena televisiva».¹⁸ En la era de los hechos alternativos,

incluso los hechos se nos presentan bloqueados, fijos, esto es, despojados del soporte interpretativo, institucional y social con el que alguna vez contaron.

Como podemos ver, los hechos alternativos o las «*fake news*» no son consecuencia de la afirmación, que hacen los filósofos posmodernos, del papel indispensable que tiene la interpretación para comprender el mundo, sino del regreso al orden que los pensadores de la *intellectual dark web* buscan imponer. El problema de encuadrar e identificar el ser, así como la interpretación y la emergencia, con el orden presente de los entes y el pensamiento entendidos como espejo de la realidad, es que, en consecuencia, también la libertad acaba bloqueada. Para preservar la libertad ante imposiciones externas, es necesario mostrar que estos tres conceptos fundamentales escapan del vallado realista. Podremos hacerlo si examinamos los remanentes del ser, la vena anárquica de la interpretación y la ausencia de emergencia. Los remanentes del ser revelan cómo se pueden debilitar la metafísica, la conversación y la verdad para evitar la identificación del ser con los entes presentes. La vena anárquica de la interpretación combate este tipo de identificación mediante la resistencia, la transgresión y la alteración. Y la ausencia de emergencia, por su parte, desvela los efectos políticos que esta identificación genera.

Estas tres nociones no solo nos proveerán de las herramientas necesarias para definir la libertad en el epílogo, sino que también nos servirán para responder a las incertidumbres de Elliot Alderson sobre la estructura cerrada del mundo global en el que estamos inmersos. En algunas ocasiones, el protagonista de *Mr. Robot* envidia a aquellos que se hallan dentro de este orden cuando dice: «Lo que daría yo por ser normal. Por vivir en esa burbuja, en la realidad del ingenuo».

Otras veces, a través de *Mr. Robot*, reconoce que es necesario ser libre o permanecer libre de trabas (*at large*) y dice: «Usted está aquí porque percibe que algo anda mal en el mundo. Algo que usted es incapaz de explicar, pero que intuye que ejerce un control sobre usted y sobre los seres que ama. Los convierte en esclavos. Y eso *le enfurece*». La elección está en nuestras manos.